

LUIS JOSÉ DE TEJEDA Y GUZMÁN,

EL PRIMER POETA ARGENTINO

por

José María Castiñeira de Dios.

Vengo a ocupar, por generosidad de la Academia Argentina de Letras —ya que no por mis merecimientos— el sillón de Vicente Fidel López, y también, por ese solo hecho, a cubrir la amada ausencia del poeta Jorge Vocos Lescano.

El compromiso es, así, doble, como es doble la honra: Fidel López fue un hombre de alta formación humanística y de definida militancia cívica, volcada, junto a Cané y a Carlos Pellegrini, a la defensa de la economía nacional; Vocos Lescano fue un escritor ejemplar, un escritor cristiano, humilde en la exteriorización de su fe, hasta el extremo de publicar sus libros en el más pequeño de los formatos, como si su poesía quisiera ser más una íntima confidencia humana que esa obra literaria de singular valía por la que su nombre ha alcanzado prestigio y trascendencia tan merecidamente.

Fue mi amigo, fue poeta, fue cordobés; y es por eso que, en tren de cumplimiento al requisito tradicional del discurso de ingreso a esta noble Corporación, he elegido para ello la historia de un poeta de cepa cordobesa y mística cristiana, el primer poeta que dio el país de los argentinos: Luis José de Tejada y Guzmán.

Desde esta perspectiva los convoco, así, a una misión de rescate. Porque se trata de un poeta que nació hace 388 años en Córdoba del Tucumán, a treinta años de ser fundada por Gerónimo Luis de Cabrera; que viene a nosotros —como dice Furt— «de la más embrionaria conciencia criolla» y que expresa el punto de encuentro de los dos afluentes que nos donó España: la lengua y la fe, el primer aliento en el despertar de nuestra cultura.

No vale recordarlo, entonces, como el primer poeta argentino sólo por un mero dato cronológico, sino en tanto que testimonia la presencia, en alba, de la cultura argentina, de la unidad cultural de un país en construcción, del espíritu de la nueva tierra que, desde sus vagidos iniciales, quería ser canto.

Creo que la unidad cultural de la Nación es preexistente a la unión nacional. Y más aún: creo que

esa unidad cultural es la que vertebra la Nación. En línea con el pensamiento de Ortega, digo que nuestra Argentina ha de ser invertebrada si no logra *vertebrarse* a partir del reconocimiento de su unidad cultural preexistente a su nacimiento como Nación. El país (el país como decían los viejos criollos) es anterior a nuestra Carta Constitucional y revela una rica y bullente vida *anterior*, de dos siglos y medio, antes de la Declaración de la Independencia. Esa vida *anterior* —e interior— es válida porque *fue*; y es en la vertebración de nuestra realidad histórica, tan inexcusable como cierta. Además, como dijo el maestro Ricardo Levene, «no fuimos colonia: fuimos parte de un Reino» y nacimos a la independencia desde nuestra ineludible conciencia de país.

En 1602 —dos años antes del año en que había de nacer Tejada— un poeta, el arcediano Del Barco Centenera, nos bautizaba con el nombre de «Argentina», *malgré* 10.000 endecasílabos dificultosamente transitables. Y si en 1602 se nos dio nombre ¿por qué no aceptar que la presencia de otro poeta, dos años después, imprimió carácter a nuestra naciente identidad?

Tejada no era español ni hijo de españoles; fue hijo de argentinos en aquella Córdoba del Tucumán. Más aún, fue la primera floración cultural de mestizaje: su bisabuelo, conmilión de Cabrera en la fundación de Córdoba, casó con una india santiagueña que murió sin haber aprendido a hablar castellano. De ese matrimonio nació, en Córdoba, Leonor Mejía Mirabal, quien casó con el Capitán Tristán de Tejada, castellano, quien guerreó al lado del bravo y bravío Hernán Mejía Mirabal. Tristán y Leonor tuvieron siete hijos en Córdoba del Tucumán. Uno de ellos, Leonor, fundó en 1613 el Monasterio de Santa Catalina, monjas que fueron las primeras religiosas de nuestro suelo y las primeras maestras de Córdoba, según Grenón. Otro fue Juan, quien casó con María de Guzmán (de este matrimonio nació Luis Joseph de Tejada y Guzmán); Gregorio, quien profesó en la Orden de los

Predicadores y brilló como orador sagrado; Gabriel, soldado y comerciante; y Magdalena y Alejandra, que profesaron en el Monasterio de Teresa, fundado por su padre, de la Orden de las Carmelitas Descalzas.

Descolguémonos del árbol genealógico en el que hemos trepado a regañadientes, solo con el ánimo de acercar el pasado, y quedémonos en esta mediterránea Córdoba del Tucumán, el 25 de agosto de 1604, fecha de nacimiento del primer poeta argentino.

Córdoba había sido fundada hacía treinta y un años; tenía una población de alrededor de 250 habitantes: 106 castellanos, 72 andaluces, 30 extremeños, 14 leoneses, 7 vascos, 3 gallegos, 3 portugueses, y numerosa «gente de la tierra». Pocas calles, pocas casas. Cifnendo el pueblo, trigo, cebada, maíz, olivos, viñas... Dice el Obispo Lizarraga, en 1635: «Córdoba es fértil en todas frutas nuestras, fundada a la ribera de un río de mejor agua que los pasados. Dánse viñas junto al pueblo; el río abajo; en la barranca dél se han hallado sepulturas de gigantes». ¿Nace, además de un poeta, el *realismo mágico*? En el año del nacimiento del poeta, León Pínelo, que sube de Buenos Aires a Córdoba, otea, ve, «indios con pies al revés» (para que no se los pueda seguir), «indios con colas», «amazonas», «el árbol reloj» (que al dejar caer gotas de su ramaje lo hacía al ritmo de los segundos del tiempo) y el «árbol púdico» (que al tocarlo temblaba). Está naciendo una cosmogonía cultural propia, de poderosa proyección en el alma del país que nace. Mientras tanto —dice Emilio Coni— ya había comenzado, allá por 1568, el tráfico carretero entre Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires; También, desde 1600, Córdoba exporta mulas a Potosí y harina a Buenos Aires y al Brasil. Y saldrían los chasquis, sin solución de continuidad, hacia los pueblos que se habían levantado como sueños sobre esta tierra argentina recién alboreada. Allí están, pujando desde sus fundaciones entre 1553 y 1593, Santiago, Tucumán, Estero, Londres, La Rioja, Jujuy, Salta, Madrid de las Juntas... Estamos en pleno período fundacional y hay como un destino común en ese hilado de pueblos que crecen frente al pavor, la desolación y la muerte.

Pero esta Córdoba del Tucumán ¿es la arcadia, el belén prometido, el paraíso a ganar? «Babilonia», la siente el poeta:

La ciudad de Babilonia
aquella confusa patria,
encanto de mis sentidos,
laberinto de mi alma...

A veces la llama: «el patrio nido mío».

El país real se animaba en una suerte de infatigable y febril aventura creadora: al nacimiento de los pueblos seguía el establecimiento de la educación, la organización política democrática en la institución de los cabildos...

¡Y nacía la cultura! Los jesuitas llegan a Córdoba en 1587 y en 1610 el provincial Diego de Torres inaugura el Colegio Máximo, dotado de fondos por Fray Trejo y Sanabria, «insigne bienhechor», hermano de leche de Hernandarias, primer gobernador criollo. Allí, en su convictorio, va a ingresar el joven poeta, débil al punto de que su padre no lo puede dedicar al oficio de las armas. De ahí va a salir docto en humanidades, latín, griego, hebreo y oratoria. El obispo Villarreal va a decir de él —y tiene diecisiete años— que es «el secular más literato de su tiempo y el oráculo de la Universidad de Córdoba». Y el obispo De Cortázar: «este joven habrá de ser con el tiempo el maestro de la literatura tucumana».

Con su título bajo el brazo de Licenciado y Maestro en Artes (filosofía) sale Tejeda al campo, también al amoroso, por no desperdiciar la lección de su admirado Góngora: «a batallas de amor/campos de pluma».

Debo detenerme en este punto. Malversadores de nuestra tradición (Eugenio D'Ors nos enseñó: «lo que no es tradición es plagio»), los argentinos no hemos tenido más de quince estudiosos aplicados al estudio de la personalidad y la obra de Tejeda. En 1915 Ricardo Rojas halló en la Biblioteca Nacional una copia de *El peregrino en Babilonia* y lo publicó con un prólogo en muchos sentidos admirable. También han dado luz a este tema Monseñor Pablo Cabrera, Martínez Paz, Serrano Redonet, Pedro J. Frías, Luque Colombes, Roberto Caturelli, Sola González, Graciela Maturo, Osvaldo Horacio Dondo, Oscar Caeiro, Daniel Devoto... Y Jorge M. Furt, un humanista noble y sabio, estanciero de los pagos de Luján, provincia de Buenos Aires, quien se adentró en la vida y la obra de Tejeda y publicó de su peculio, en 1947, una edición facsimilar del código en el *Libro de Varios Tratados y Noticias*, así como un libro de alto valor literario: *Luis José de Tejeda*.

Si me detengo a nombrarlos es para rendirles homenaje, y porque de sus manos vengo.

Ya tenemos al poeta en acción. A los veinte años irá a pelear contra la invasión de los piratas holandeses al Río de la Plata. Regresará con grado militar de Capitán de Infantería y figura de héroe. Se casa y es convocado a la guerra contra los calchaquies que se han rebelado en Andalgalá, Aconqui-

ja, Pipañaco y La Rioja. La guerra se va a extender entre 1630 y 1637, y entre 1657 y 1666: dieciséis años. En ese lapso Tejeda va a ser Procurador, Alcalde Ordinario, Regidor en el Cabildo, Protector de Naturales, Teniente General y Capitán a Guefra. En 1661 muere su mujer, Francisca de Vera y Aragón, y en un año más tarde —dice Bustos Argañaraz— «don Luis es condenado a prisión por abuso de autoridad». Toda su familia ha entrado en vida religiosa. Tejeda va a terminar su vida pública a los cincuenta y ocho años. Va a morir a los setenta y seis. Lo que va entre estas dos cuentas del tiempo serán los diecisiete años largos en que se acogerá a sagrado, primero en la Orden Seráfica, después y hasta el final, en la de los Dominicos. Allí, en la soledad de la celda, remontará su espíritu y escribirá su obra, la inicial de la literatura argentina. Nace a las letras nuestro primer poeta que, como señaló Ricardo Rojas, «era argentino, hijo de cordobeses de la Argentina, cordobés él mismo, y nieto de castellanos, cristianos viejos, y fundadores de la Córdoba natal».

Allí, en el silencio de la celda, de casulla y capilla negra, sotana blanca y el rosario colgado del cinturón negro, habrá encontrado en la memoria de los amigos que pasaron por Córdoba, sosiego y regusto para su labor creadora. Habrá recordado al Padre Ruiz de Montoya, filólogo a quien se debió un *Tesoro de la lengua guaraní*, quien anduvo por Córdoba en 1639; y a Francisco Luis de Bolaños, quien compuso un *Catecismo y oraciones en lengua guaraní*; y al Padre Barzana, de quien se dice que hablaba trece lenguas, varias de ellas indígenas. Y a aquel Provincial Diego de Torres que, en 1608, puso a los indios en libertad, dándoles comodidades y salarios, con gran aspaviento y revuelo de los encomenderos.

Y habrá recordado la llegada a Córdoba en 1638 de doce carretas cargadas de libros, «los libros, libres amigos / que hablan verdades claras» como va a escribir en su *Peregrino en Babilonia*. (Había llegado, junto a los libros, la cleptomanía amorosa del libro, a la que Tejeda no fue extraño: cuando muere Trejo y Sanabria se registra el primer robo de libros. El Arcediano del Cabildo fulmina excomunión contra el ladrón que no aparece. Pero cuando muere Tejeda el Catálogo estaba en los anaqueles de su biblioteca...).

También habrá recordado los días de la música. En 1637 —Tejeda tiene treinta y tres años— bajan veinte indios guaraníes por vía fluvial a Santa Fe —cuenta el Padre Ripari, según Isabel Aretz—, cruzan a Córdoba y cantan la misa acompañados de violines, arpas, cítaras, flautas, cornetas,

tambores y trompetas. Y en otros momentos se habrá detenido a escuchar las vidalas que nacían de las guitarras junto a las palabras que ya había acuñado Gil Vicente: *palomitá, cantabá...*

En la huerta nasce la rosa;
quiérome ir allá
por mirar el ruiseñor
como cantabá.

Ya estaba madurando el fruto del folclore, esa «gigantesca decadencia», al decir de Carlos Vega.

La guitarra cantaba en el canto de la cultura naciente. En 1604 en Córdoba hay un pedido de una tienda de cien cuerdas de «vigüela»; en 1608 un niño, Nicolás García, tiene una «vigüela buena»; en 1650, un sargento Cubas canta a bodas acompañándose con una guitarra. Todo ese mundo tan nuestro y de hoy, había sido vivido por Tejeda en la infancia del país, pero en la que ya están impresos los signos de nuestra singularidad de argentinos: la imaginación creadora; la tendencia a la desmesura; el amor propio; el amor al otro, al prójimo; y esa visión tremendista de «peregrinos del desaliento», como dice Filloy, que de algún modo nos acota la necesaria aventura vital de cada día.

Allí, en esa Córdoba que el poeta memoraría en la celda conventual, estaba Tejeda haciendo la contricción propia de quien se acogía a sagrado, después de haber sido dueño de las ricas tierras de Soto, de Saldán, de Salsacati, de Pichana y de Anzacate, hombre principal en la vida militar y social del país que nacía, escritor y orador prestigioso, ducho en amoríos y aventuras galantes.

A golpe de pecho vivía:

Siempre me retiraba
del Indio y negro, ajeno o propio fuera
quando de mi necesitado estaba.

Para agregar:

ni visitaba yo, ni socorría
ni al que desnudo por la calle vefa
pregonando su vida miserable
le di la media parte de mi capa.

Como un nuevo San Martín de Tours va a decirse:

si yo me desnudara
por vos, Señor, si yo a los pobres diera
lo que os negué con condición avara.

Y recompuesta su alma dirá:

No aplaudir voz que así clama
no es afecto muy veloz,
porque de Dios también voz
la voz del pueblo se llama.

No fue un gran poeta (¿quién podría decirlo?), pero sí un testimonio cabal del nacimiento de la cultura argentina, en las orillas del Suquia, en la Córdoba mediterránea,

el río
que fue crianza
y nacimiento mío.

Furt, en su tráfalo valioso libro *Luis José de Tejada*, dice que lo ha escrito para «convocar a la resurrección del alma argentina», y en el *Libro de Varios Tratados y Noticias*: «me esperanzo en este llamado para acudir al renacimiento de nuestra cultura».

Como si hubiéramos partido nuestra alma, y hubiésemos quebrado la unidad cultural preexistente, esencial para el fortalecimiento de nuestra identidad de argentinos; como si fuese necesario, imperioso —y así lo creo yo— iniciar lo que llamé al comienzo, *una misión de rescate*.

Y si, como afirma Malraux, «la cultura es una vasta resurrección», ¡manos a la obra! Todo debe entrar en revisión para ganar el tiempo perdido. Partir de la reconquista de más de dos siglos y medio, y a partir del primer poeta argentino, ese «botón de pluma» de nuestra identidad cultural, no es tarea deleznable. Sobre todo porque es posible partir del reconocimiento del tiempo histórico en que fuimos bautizados argentinos, y el redescubrimiento de un poeta de valía, ese que pudo escribir, entre otras cosas, una pequeña joya literaria, la primera poesía religiosa de nuestra historia literaria, «Soliloquios al Niño Dios, en el Día de Navidad, en su Pesebre», de la que quiero recordar unos pocos versos:

Belén, portal dichoso,
casa de pan que ciñes
aquel cándido trigo
nacido en tierra virgen,
deja que tus umbrales
no palacios sublimes,
no edificios soberbios
de Babilonia envidie.
Deja que tu pesebre
cellos mis labios frissen,

fuentes mis ojos rieguen,
ojos el alma miren.

.....
quien es de tierra y cielo
con passador Euclides
a una cuna de pajas
se proporciona y mide.
El calor se le niega,
la nieve lo corrige
y a quien da nieve y lana
no hay hoy pañal que abrigue.

.....
Oh como está la madre
agradeciendo humilde
el abrigo a las bestias
que el hombre le prohíbe,

.....
Entre pucheros tiernos
ya llora, ya se ríe
el Niño con la madre
y ella llorando dice:
si tu desnudez lloras
dime por qué saliste
dejando mis entrañas
que eran pañales firmes;
mas ya me estás diciendo
mientras lloras y ríes
«Salgo a buscar ingratos
pues por ingratos vine».

Este villancico, de alta excelencia lírica y tan profundo sentimiento cristiano, fue escrito por Luis Joseph de Tejada y Guzmán, el primer poeta argentino, que es como decir, para usar una expresión grata a Octavio Paz, el primer *revelador* y *nombrador* de nuestra condición argentina.

José María Castiñeira de Dios nació en Ushuaia, Tierra del Fuego, en 1920. Poeta, dirigió la revista *Huella*. Entre otros libros publicó *Del ímpetu dichoso* (1944), que lo sitúa entre los poetas de la Generación del 40. *Las antorchas* (1954), *El leño verde* (1960), *El santito Ceferino Namuncurá* (1968), *Testimonio cristiano* (1982) y *Del amor para siempre* (1983). Castiñeira de Dios fue Secretario de Cultura de la Nación y es, actualmente, miembro de la Academia Argentina de Letras.